

res nacidos para implorarle y obedecerle. Su segunda mujer, la altiva Edit Skewton, le hace frente y le desprecia; el orgullo del negociante choca con el orgullo de la joven noble, y las explosiones reprimidas de esa enemistad creciente revelan una intensidad de pasión que sólo podían contener almas así nacidas y alimentadas. Edit, para vengarse, huye en el aniversario de su matrimonio, y ofrece las apariencias del adulterio. Entonces es cuando se yergue en toda su altivez el inflexible orgullo. Mr. Dombey echa á su hija, á quien cree cómplice de su mujer; prohíbe á todo el mundo ocuparse de la una ni de la otra; impone silencio á su hermana y á sus amigos; recibe á sus huéspedes con el mismo tono y con la misma frialdad. Desesperado interiormente, devorado por el ultraje, por la conciencia de su derrota, por la idea de ser la irrisión pública, permanece tan firme, tan altanero, tan sereno como nunca. Activa más audazmente sus negocios y su ruina; va á matarse. Hasta aquí todo iba bien: la columna de bronce se había conservado íntegra é invencible; pero las exigencias de la moral pública perverten la idea del libro. En el momento crítico aparece su hija, le ruega, y se entenece. La hija se le lleva consigo; él se transforma en el mejor de los padres, y echa á perder una hermosa novela.

II

Volvamos la hoja. En oposición á esos caracteres ficticios y malos que producen las instituciones nacionales, encontráis seres buenos, tales y como los hace la naturaleza, y en primer término los niños.

Nosotros no los tenemos en nuestra literatura. El Joas de Racine no ha podido nacer más que en una obra compuesta para Saint-Cyr; además, la pobre criatura habla como hijo de príncipes, con frases nobles y aprendidas, como si recitase el catecismo. Hoy no se ven entre nosotros retratos de esa especie más que en los libros de Navidad, escritos para ofrecer modelos á los niños juiciosos.—Dickens ha pintado los suyos con una complacencia particular; no soñaba en edificar al público, y le ha cautivado. Todos los suyos tienen una sensibilidad extraordinaria; quieren mucho, y sienten necesidad de ser queridos. Para comprender esa complacencia del pintor y esa elección de caracteres, hay que considerar el tipo físico de las criaturas. Tienen una encarnación tan fresca, una tez tan delicada, una carne tan transparente, y ojos azules tan puros que parecen bellas flores. No es asombroso que un novelista los quiera, que atribuya á su alma la sensibilidad y la inocencia que brillan en sus miradas, que piense que esas delicadas y encantadoras rosas han de romperse entre las rudas manos que intentan doblegarlas. Hay que atender también á los hoga-

res donde crecen. Cuando el negociante y el empleado dejan á las cinco su oficina y sus negocios, tornan presurosos al lindo *cottage*, sobre cuyo césped han estado jugando sus hijos todo el día. Aquel hogar donde van á pasar la velada es un santuario, y los afectos de familia son la única poesía que han menester. Un niño privado de ese bienestar y de esos afectos, parecerá privado del aire que se respira, y el novelista no tendrá bastante con un volumen para explicar su desgracia. Dickens la ha contado en diez volúmenes, y ha acabado por escribir la historia de David Copperfield. David cuenta con el cariño de su madre y de una excelente criada, Peggotty; juega con ella en el jardín; la mira coser; la lee la historia natural de los cocodrilos; tiene miedo de las gallinas y de los gansos que se pasean por el corral con una facha terrible; es completamente feliz. Su madre vuelve á casarse, y todo cambia. El padrastro, Mr. Murdstone, y su hermana Juana son seres desabridos, metódicos y glaciales. El pobre Davidín oye á cada paso palabras duras. No se atreve á hablar ni á moverse; teme besar á su madre; siente pesar sobre sí, como una losa de plomo, la fria mirada de los dos nuevos huéspedes. Se concentra en sí mismo; estudia como una máquina las lecciones que le señalan; no puede aprenderlas: tal es el miedo que tiene de no saberlas. Le pegan, y le encierran á pan y agua en un cuarto retirado. Se espanta de la oscuridad; tiene miedo de sí mismo. Se pregunta si no será realmente malo, y llora. Ese terror incesante, sin esperanza y sin remedio; el espectáculo de aquella sensibilidad que se martiriza y de aquella inteligencia que se embrutece; las vigiliias, la soledad del pobre niño preso, su deseo ardiente de besar á su madre y de llorar sobre el corazón de su Peg-

gotty, todo eso lastima. Esos dolores infantiles son tan profundos como las penas de un hombre. Es la historia de una frágil planta que florecía en un ambiente cálido, vivificada por un suave sol, y que, transportada de pronto en medio de la nieve, se deshoja y marchita.

Las personas del pueblo, al modo de los niños, son seres dependientes, poco cultos, próximos á la naturaleza y expuestos á la opresión. No hay que decir que Dickens las exalta. Eso en Francia no es nuevo: los novelas de Eugenio Sue nos han dado más de un ejemplo, y la tesis se remonta á Rousseau; pero en manos del escritor inglés ha adquirido una fuerza notable. Sus héroes tienen admirables delicadezas y abnegaciones. Lo único propio del pueblo que poseen es la pronunciación; todo lo restante es pura nobleza y generosidad. Veis á un barquero abandonar á su hija, su única alegría, por temor de perjudicarla en algo. Una joven se sacrifica por salvar á la mujer indigna del hombre que la ama y á quien ella ama; ese hombre muere, y ella, por pura abnegación, sigue cuidando á la criatura degradada. Un pobre carretero, que cree infiel á su mujer, la declara muy alto inocente, y por toda venganza no piensa más que en colmarla de cariño y de bondades. Según Dickens, nadie siente tan vivamente como ellos la felicidad de amar y de ser amado, las alegrías puras de la vida de familia. Nadie tiene tanta compasión por esos pobres seres deformes y enfermizos que tan frecuentemente echan al mundo, y que no parecen nacer más que para morir. Nadie tiene un sentido moral más recto y más inflexible. Confieso también que los héroes de Dickens tienen la desgracia de parecerse á los padres indignados de nuestros melodramas: cuando el viejo Peggotty sabe

que su sobrina ha sido seducida, se pone en camino, con un palo en la mano, y recorre Francia, Alemania é Italia, para buscarla y volverla á la senda del deber. Pero, por encima de todo, tienen un sentimiento inglés, que á nosotros nos falta: son cristianos. No son sólo, como aquí, las mujeres las que se refugian en la idea de otro mundo; los hombres piensan en él. En ese país, donde hay tantas sectas y donde todo el mundo elige la suya, cada uno cree en la religión que se ha forjado, y ese sentimiento tan noble eleva aún el trono en que los colocan la rectitud de su voluntad y la delicadeza de su corazón.

En el fondo, todas las novelas de Dickens se resumen en una frase, y es ésta: Sed buenos y amad; no hay verdadera alegría más que en las emociones del corazón; la sensibilidad es todo el hombre. Dejad la ciencia á los sabios, el orgullo á los nobles, el lujo á los ricos; tened compasión de las miserias humildes; el ser más pequeño y más menospreciado puede valer tanto como millares de seres poderosos y soberbios. Cuidad de no herir á las almas delicadas que florecen en todas las condiciones, bajo todas las vestiduras, en todas las edades. Creed que la humanidad, la piedad y el perdón son lo más hermoso que hay en el hombre; creed que la intimidad, las expansiones, el cariño, las lágrimas, son lo más dulce que hay en el mundo. No es nada vivir; es poco ser poderoso, sabio, ilustre; no es bastante ser útil. Sólo ha vivido y es hombre el que ha llorado al recuerdo de un beneficio hecho ó recibido.

III

No opinamos que ese contraste entre los débiles y los fuertes, ni que esa reclamación contra la sociedad en favor de la naturaleza, sean el capricho de un artista ó el azar de un momento. Remontándose lejos en la historia del genio inglés, se encuentra que su fondo primitivo era la sensibilidad apasionada, y que su expresión natural fué la exaltación lírica. Una y otra procedían de Germania, y componen la literatura que vivió antes de la conquista. Después de un intermedio, volvéis á encontrarlas en el siglo XVI, luego que pasó la literatura francesa importada de Normandía; son el alma misma de la nación. Pero la educación de esa alma fué contraria á su genio; su historia ha contradicho su naturaleza, y su inclinación primitiva ha tropezado contra todos los grandes acontecimientos que ha realizado ó sufrido. El azar de una invasión victoriosa y de una aristocracia impuesta, fundando el ejercicio de la libertad política, ha impreso en el carácter hábitos de lucha y de orgullo. El azar de una posición insular, la necesidad del comercio, la posesión abundante de las materias primeras de la industria, han desarrollado las facultades prácticas y el espíritu positivo. La adquisición de esos hábitos, de esas facultades y de ese espíritu, unida al azar de una hostilidad antigua contra Roma y de añejos resentimientos contra una Iglesia opresora, ha dado origen

á una religión orgullosa y razonadora, que sustituye la sumisión con la independencia, la teología poética con la moral práctica, y la fe con la discusión. La política, los negocios y la religión, como tres máquinas potentes, han formado, por encima del hombre antiguo, un hombre nuevo. La dignidad rígida, el imperio sobre sí, la necesidad de mandar, la dureza en el mando, la moral estricta sin piedad ni contemplaciones, la afición á la cifras y al razonamiento seco, la aversión hacia los hechos que no son palpables y hacia las ideas que no son útiles, la ignorancia del mundo invisible, el menosprecio de las debilidades y ternuras del corazón: he ahí las disposiciones que la corriente de los hechos y el ascendiente de las instituciones tienden á establecer en las almas. Pero la poesía y la vida de familia prueban que no lo logran más que á medias. La antigua sensibilidad, oprimida y pervertida, vive y se agita aún. Bajo el puritano, bajo el comerciante, bajo el hombre de Estado, subsiste el poeta. El hombre social no ha destruido al hombre natural. Esa envoltura helada, esa tiesura insociable, esa actitud rígida, ocultan á menudo un ser bueno y afectuoso. Es la máscara inglesa de una cabeza alemana; y cuando un escritor de talento, que es frecuentemente un escritor de genio, llega á tocar la sensibilidad oprimida ó sepultada bajo la educación y las instituciones nacionales, remueve al hombre en su fondo más íntimo, y se hace dueño de todos los corazones.

CAPÍTULO II

La novela (continuación).—Thackeray.

Abundancia y excelencia de la novela de costumbres en Inglaterra.—Superioridad de Dickens y de Thackeray.—Comparación de Dickens y de Thackeray.

§ 1.º—EL SATÍRICO.

- I. Sus intenciones morales.—Sus disertaciones morales.
- II. Comparación de la burla en Francia y en Inglaterra.—Diferencia de los dos temperamentos, de los dos gustos y de los dos espíritus.
- III. Superioridad de Thackeray en la sátira amarga y grave.—La ironía seria.—*Los snobs literarios; Miss Blanca Amory.*—La caricatura seria.—*Mistress Hoggarthy.*
- IV. Solidez y precisión de esa concepción satírica.—Semejanza de Thackeray y de Swift.—*Los Deberes de un embajador.* Misantrópia de Thackeray.—Ñoñería de sus heroínas.—Ñoñería del amor.—Vicio íntimo de las generalidades y de las exaltaciones humanas.
- V. Sus tendencias igualitarias.—Defecto de los caracteres y de la sociedad en Inglaterra.—Sus aversiones y sus predilecciones.—El *snob* y el aristócrata.—Retratos del rey, del gran señor de corte, del noble rural, del burgués ennoblecido.—Ventajas de esa institución aristocrática.—Exceso de esa sátira.

§ 2.º—EL ARTISTA.

- I. Idea del arte puro.—Cómo perjudica al arte la sátira.—Cómo amengua el interés.—Cómo falsea los personajes.—Compara-